

solo que resta y las aguarda: he aquí, las grandes palancas de la elocuencia evangélica.”

“Tambien tiene pasiones que mover: el temor, para turbar la seguridad de los malvados; la compasion para mover al hombre sensible en favor de sus hermanos; la indignacion para proscibir y degradar los ejemplos de una prosperidad culpable; la vergüenza, para humillar al hombre vicioso y soberbio, á la vista de su bajeza, de su oprobio y de su nada.” (1)

Algunos espíritus alucinados por el progreso de los intereses materiales de nuestros tiempos, por el brillante y seductor aspecto de las nuevas teorías han creido sorprender en el cuadro de la época signos infalibles de una decadencia próxima para la elocuencia sagrada; y déjase ya entender, que no discurren de esta manera, sino porque suponen ventajosamente contrabalanceado con el orden puramente físico, los intereses materiales y la ruidosa boga de una literatura bastarda el inmenso poder del catolicismo. ¡Insensatos! Miétras haya instintos en la razon para buscar la verdad, miétras el arrepentimiento y la esperanza ocupen algun lugar en el drama de la vida, miétras los recuerdos y el porvenir saquen al hombre de la escena transitoria para fijarle en el teatro de la realidad, miétras la paz interior no haya perdido sus encantos, las miserias tengan un asilo, las lágrimas alguna representacion y el cielo algunos suspiros en la tierra, la Iglesia tendrá hijos, sus predicadores oyentes, y su elocuencia admiradores y apasionados.

Mas, ¿para qué buscar esta clase de argumentos? La palabra del orador sagrado cuenta con una promesa superior á todas las previsiones y temores humanos, porque está garantida nada ménos que por la palabra del Hombre-Dios. *Estad seguros*, dijo Jesucristo, *de que yo permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* (2) La elocuencia sagrada no dejará pues de existir sino cuando la voz de Dios haya vuelto á la nada el último minuto del tiempo.

SEGUNDA PARTE.

Si la filosofía, como ha dicho un autor de estos últimos tiem-

(1) MARMONTEL. *Elemens de litterature Art. CHAIRE (eloquence de la).*

(2) S. Mat. cap. XXVIII, v. 20.

pos, es la tendencia reflexiva del hombre hácia la sabiduría; si la sabiduría es la razon gobernando la práctica por la teórica, la verdad revisando el bien en todos nuestros actos, la ciencia aplicada á la direccion de la vida humana; si la ciencia tiene por oficio propio dirigirnos, llamando sus investigaciones todas á la cuestion capital de nuestro último fin; (1) ¿quién puede disputar su eminente primado en la escala de la civilizacion á esta palabra de verdad y de vida que, atrayéndolo todo á la perfeccion moral de la especie humana, para volverlo todo hácia el pensamiento supremo que domina en el designio de la creacion, nunca se mueve, digámoslo así, sino en esa línea siempre recta tirada de Dios á Dios, por donde el hombre camina siempre que pártese de su principio para encaminarse á su último fin? Grite y declame cuanto quiera esa filosofía bastarda que tiende á sacarlo todo de sus quicios, ántes de Jesucristo el génio tenia sus glorias, la ciencia sus prestigios y las artes culto y admiradores; pero ninguna de estas cosas habia podido reconocer á un comun centro de relaciones, caer bajo el dominio de la unidad, ni ménos todavía depurar el sentimiento moral en el vário sistema de las costumbres: la civilizacion era un *desideratum* para el mundo en todo sentido. Ciencias, artes, literatura, política, legislacion, sociedad, pueblos, gobiernos, &c., &c., todo estaba por civilizar, y no lo probamos aquí, porque una simple disertacion niega el asilo á mil páginas de la historia: porque la historia de todas estas cosas es lo que debia servirnos de prueba, y porque el sentido comun ilustrado por los desengaños testifica por aclamacion esta verdad histórica: LA FE HA CIVILIZADO AL MUNDO.

La elocuencia sagrada situada exactamente entre los atributos de Dios y las necesidades del hombre, maneja con soberanía todas las relaciones que median entre la naturaleza divina y la naturaleza humana, es decir, la suma total de las relaciones que atañen á la inteligencia y al corazon. ¿Cómo entender esta filosofía? ¿Acaso como la aplicacion del entendimiento al sistema universal de las relaciones? Vedla en la elocuencia sagrada. ¿Como la tendencia de la razon al bien por los senderos de la sabiduría y de la virtud?

(1) GIBON. (M. A.) *Cours de Philosophie, Chap. preliminaire.*

Vedla en la elocuencia sagrada. Sabiduría verdadera, virtud legítima, gloria y felicidad indisputables: he aquí sus grandes objetos. ¿Como la ciencia de las cosas por sus causas? pues esta es la ciencia fundamental de la elocuencia sagrada. La filosofía puramente humana columbraba tal vez la verdad en alguna de sus faces, solia tocar estos ó aquellos puntos de la sabiduría; pero su accion esforzada é inexplicablemente laboriosa no pudo salir jamas de los círculos intermediarios en que gira el órden subalterno de las causas. Principios incompletos, consecuencias trucas, aplicaciones viciosas: he aquí la filosofía del paganismo, y no hagamos por ello una recriminacion á los pueblos de la antigüedad, porque si bien lo consideramos, esa frase podria sin inconveniente sustituirse con esta otra: *he aquí toda la filosofía humana*. Si Dios amenaza con la burla la sabiduría del sabio y la prudencia del prudente, mui léjos por cierto se halla de vituperar las tendencias honestas de la razon, y echar á mala parte su constante marcha por la carrera de los descubrimientos. Dios ha querido enseñarnos otra cosa: Dios ha querido humillar el orgullo de la razon humana, cuando quiere hombrearse con la razon divina, figurando como rival para dominar como reina.—Bien está, parece decir Dios: bien está que investiguéis, que descubráis; pero guardaos bien de atribuir el dominio de la verdad: guardaos de presentaros como criadores de la sabiduría, guardaos de anunciaros como legisladores supremos de la virtud. Os vendrá la luz á medida que conozcáis vuestras tinieblas, la riqueza de vuestra inteligencia en proporcion exacta con el sentimiento que tengáis de vuestra miseria: seréis sabios cuando seais creyentes, virtuosos cuando seais humildes, soberanos tambien, pero habiendo aceptado ántes la condicion de ministros. (1)

¿Qué se infiere de todo? Las cosas no podian conocerse por sus causas sin una filiacion histórica, y complicándose en esta filiacion el órden natural y el sobrenatural, aquel conocimiento debia venir de una revelacion divina. Para suponer que las cosas han de haber tenido algun principio ó procedencia, basta el sentido comun; mas para atinar con este

(1) *Qui major est vestrum erit minister vestri.* Math. cap. XXIII v. 11.

principio, descubrir esa procedencia y sorprender la verdadera filosofía en la filiacion histórica, era preciso poseer ese libro en cuya primera palabra se franquean todas las avenidas de luz á la inteligencia del hombre: (*In principio creavit Deus cælum et terram:*) ese libro que presenta en su mas alta exactitud los tres grandes elementos del saber, de la accion y de la felicidad, esto es, los hechos, las relaciones y las leyes: ese libro donde cada uno de los seres está registrado, y donde la naturaleza y el hombre descubren sus primeras leyes y sus últimos destinos: ese libro que contiene la historia de la revolucion completa y definitiva que se ha obrado en el cielo y en la tierra: ese libro donde el historiador mira su luz, el político su modelo, el filósofo su pauta, el teólogo su reservatorio, el poeta su inspiracion, y la humanidad su poema. La humanidad debió haber sido el asunto de un cuadro de felicidad, y la Biblia entónces fuera un canto lírico saliendo de la tierra para perderse en el cielo. Mas el pecado sacó al hombre del rango de la poesia, y sustituyéndose á él el Redentor del mundo, Jesucristo fué ya el grande héroe, y la Biblia una epopeya divina que quedando ahí para la admiracion, no tendria nunca rivales.

Pues bien: este es el libro donde el orador sagrado recoge todos esos rayos de luz que esparce por el orbe, esta es la filosofía, que ha explotado el genio de la elocuencia religiosa, no para filiarse por cierto en una de las escuelas célebres del mundo, sino para formular la conducta y regir los pasos de la humanidad entera; este es el código donde el orador sagrado halla recompensas para la virtud, anatemas para el vicio, fuerza contra las pasiones, y títulos para la felicidad.

Principios, consecuencias y aplicaciones, he aquí toda la filosofía; buen sentido y moral, he aquí la civilizacion. La filosofía y la civilizacion son pues correlativas, como la causa y el efecto. Pero fallando los principios, las consecuencias son hipotéticas, las aplicaciones caprichosas y la civilizacion precaria. He aquí porqué la antigüedad tuvo cultura, pero careció de civilizacion, y viviendo entre los filósofos, no conoció el buen sentido. Tenia costumbres, mas la faltaba moral. ¿Y por qué los antiguos no tenian filosofía? Porque nunca contaron mas que con la naturaleza y con la razon. Filosofía que no puede aplicarse á las costumbres y á la feli-

cidad es una quimera; filosofía que no tiene principios incontestables, no pasará nunca de supuestos, y será cuando mucho el arte de reducir á sistema las conjeturas.

Volvamos á la Biblia: sin ella la historia no tiene clave, y sin esta clave todo el edificio se desploma: podrá ostentar si se quiere, todas las bellezas de las formas en sus frontispicios; mas no pasará mucho tiempo sin que venga por tierra, para oprimir con su mole á los infelices fascinados que allí hubiesen acudido. Suprimid el antiguo testamento, ¿qué queda? la mitología, miserable recurso, que ya no sirve ni para los poetas: mal pasaron con ella los griegos de la última época, y filósofos habia que citaban á los dioses, como para condescender con el preocupado vulgo de sus tiempos. En suma, sin verdad histórica no hai verdad científica; sin verdad religiosa no hai moral; sin verdad científico-moral no hai filosofía. ¿Qué consecuencia inferir de todo esto? Que la única filosofía capaz de civilizar los pueblos está en el cristianismo, y por tanto, que si este posee la verdad histórica, la verdad moral, y por lo mismo, la verdad filosófica, tiene á su arbitrio sin duda todos los elementos de la civilizacion universal. ¿Y de qué manera combina, fecunda y aplica estos elementos á la civilizacion del mundo? Por el oido de todas las generaciones. Mas la fe entra por el oido con la palabra de Dios y la palabra de Dios difundida por el ministerio católico es, como ya se ha visto, lo que realmente constituye la elocuencia sagrada, y nos da por lo mismo cuanto se necesita para concluir de todo con la mayor evidencia que aquella es eminentemente filosófica, y que interpuesta entre los pueblos y Dios, reúne y en sumo grado todos los atributos constitutivos de un agente de civilizacion.

No ha mucho hemos tenido ya ocasion de hacer notar un hecho incontestable, y es que en los tiempos modernos, y tratándose de Dios con su naturaleza y atributos, del hombre con su moral, sus leyes y sus destinos, de la sociedad con sus principios cardinales y sus medios de conservacion, los pueblos cristianos aun en sus mas ínfimas clases, edades y condiciones andan en una atmósfera mas alta que los filósofos de la antigüedad; y ahora solo añadiremos dos reflexiones sobre dos fenómenos mui prominentes, para que pudieran pasarse desapercibidos. Primero: en tres siglos de

contendias, en que la razon, sacudiendo el freno, ha hecho todas las excursiones contra la fe y contra la moral, los catecismos tienen mas lectores que los folletos, los púlpitos auditorios mas numerosos que las tribunas profanas, y por mui enconada que haya permanecido la filosofía contra el cielo, el mundo es todavía esclavo de la esperanza, súbdito de la fe, objeto de la caridad, y por consiguiente, la civilizacion triunfa y la barbarie se retira todavía delante de estos que, obedientes á la voz que resonó en la montaña de Galilea, se han repartido el mundo, para llenar en todo él la noble y santa mision de predicar el Evangelio á toda criatura.

Mira la segunda observacion á los filósofos impíos. Ellos mismos se han civilizado á su turno: esgrimen con destreza las armas de la ironía, del epígrama; han agotado el ingenio en buscar nuevos métodos para combatir; han creado al parecer una nueva estrategia, y todo esto ¿por qué? Porque la barbarie de los antiguos herejes chocaria frente á frente con la civilizacion moderna. Los filósofos de los últimos tiempos comienzan por la hipocresía, y acaban por la indiferencia, dando á conocer mui sensiblemente, que necesitan combatir tambien bajo la bandera católica, si esto es concebible, y que en último resultado han menestar de apelar al indiferentismo, como á un disfraz indispensable, para encubrir al mismo tiempo su impotencia y su derrota. Si ellos pues, tienen algo de ménos bárbaro y de mas civilizado que los antiguos, es porque han medrado aun para el mal en la filosofía del cristianismo.

Pero dejemos esto, para venir directamente á observar el admirable plan que desarrolla el cristianismo por medio de la predicacion evangélica. Su objeto directo, como ya se ha visto, es salvar al hombre de la esclavitud de sus pasiones por los socorros de la gracia, santificarle en la tierra, para establecerle en el cielo. Su reino no es de este mundo; pero basta que se encuentre aquí para inundarle de luz y colmarle de bien. Directamente reina en el orden espiritual, pero indirectamente afirma y conserva el orden temporal, y para servirnos del pensamiento de Montesquieu, encaminándolo todo á la bienaventuranza eterna, produce tambien la felicidad de esta vida. Sin apartarse de su objeto "el cristianismo ha debido obrar indirectamente y por via de consecuen-

cia sobre el estado temporal, colectivo y sensible de la humanidad con una acción lenta, progresiva é indefinidamente civilizadora. Entre los varios medios de que se ha servido para producir los mejores resultados en el orden social, hai uno mui precioso que puede ser visto como la gran palanca de la civilizacion moderna: quiero hablar de ese principio de acción sobre la sociedad, que las sociedades antiguas no llegaron á conocer. . . . Entre los pueblos paganos la sociedad era todo; los individuos nada. . . . Lo que el ciudadano era á la patria, los hijos y la muger eran al padre y al marido, el esclavo al Señor, lo débil á lo fuerte. . . . Y lo que hai aquí de notable es que semejante compresion se ejercia en sentido inverso del número, pudiéndose considerar el todo como una pirámide compuesta de esclavitudes, cuya cúspide ocupaba el espíritu público." ¿Qué resultó de aquí al cabo de algunos siglos? Por unas mui reducidas épocas gloriosamente señaladas con los esfuerzos del valor y el heroismo de los sentimientos patrióticos, en que Atenas tuvo un Milciádes, Esparta un Leonidas, y Roma un Régulo, una carrera de vicisitudes funestas arrastraron siempre á las sociedades antiguas. El valor individual, la libertad propia del hombre quedaban como hundidas en la cualidad del ciudadano, miéntras esta, por otra parte, teniendo que desaparecer por una consecuencia lógica de su misma extension, no dejaba en su lugar sino pueblos de esclavos. Todos los derechos, todos los sentimientos de la naturaleza estaban sobajados, mutilados, violados en aquellas constituciones impías que hicieron decir al gran Corneille:

Doi gracias á los Dioses por no ser ya romano,

Por conservar aún ciertos restos de humano:

un estado tan falso y tan violento no era posible que tuviese larga duracion, y por mui paulatinamente que fuera debilitándose, era seguro que bien pronto desaparecería. Por otra parte, ningun contrapeso le preservaba de sus excesos mismos, ni elemento alguno vital y reparador contaba en sus recursos para sufrir una transformacion útil, ó volver de nuevo á la vida. Es mui digno de notarse que lo que hace vivir á nuestras sociedades modernas, llevándolas á un alto punto de grandeza, es decir, la justicia natural, los servicios mutuos, la reparticion de los bienes y las cargas, la liber-

tad individual, los progresos en la verdad, &c. &c., eran principios de muerte para las sociedades antiguas, no siendo extraño en consecuencia, que las condujesen por último á una disolucion completa, puesto que, bien comprendidas, no eran otra cosa que la violacion organizada de todos aquellos principios.

"El cristianismo llega; mas no por esto habla ninguna palabra directamente reformadora á la sociedad temporal de la humanidad; sino ántes bien, tomando al mundo social en el estado que tenia, le declaró en dos palabras que no intentaba mezclarse absolutamente en él. *Mi reino no es de este mundo*, le dijo. Hizo mas; sancionó los poderes por el principio de orden que en ellos estaba contenido, mandando que se diese *al César lo que es del César*, sin pedir para Dios ni mas ni ménos que *lo que es de Dios*, conviene á saber, la santificacion de las almas por la observancia de su lei de verdad.

"¿Qué resultó de esto? Por el establecimiento de su poder espiritual, el cristianismo ha redimido al hombre de su ilimitada sujecion al poder temporal; por la distincion del primero de estos poderes, le ha comunicado un valor individual de libertad á la faz del segundo, y de consiguiente, un principio de acción sobre la sociedad provechoso para ella misma, visto que la contrabalancea en sus excesos, la levanta de sus caidas, la regenera en su corrupcion, la estimula y hace progresar en el dilatado curso de su vida. . . .

"Despues acá se ha visto lo que no se habia visto nunca: apóstoles, mártires, anacoretas, confesores, santos de todos órdenes, instituciones de todo género, adheridos á la silla de un poder espiritual distinto de los otros poderes: manifestando la perfeccion evangélica en sus diversas aplicaciones á las necesidades de los tiempos; inspirados por un principio superior á sus vicisitudes; manteniendo la luz de la verdad en las tinieblas de la ignorancia ó del error, la regla inflexible del deber en la licencia, oponiendo todas las virtudes á todos los vicios, protestando eternamente por la santidad contra la corrupcion, arrancando al mundo acusaciones aun en medio de la persecucion contra sí mismo, y obligándole á volver al sendero de la verdad.

"El mundo ha declamado desde un principio contra este po-